nos deseos.

El tercer ensayo incorpora un elemento que no aparece en los de Fajnzlber y de Pérez Tamayo: las implicaciones ecológicas (o anti—ecológicas si se quiere) de la tecnología. Enrique Leff centra su trabajo en una propuesta no economista de desarrollo, una alternativa que discrepa de los otros ensayos porque requiere una transformación radical de las relaciones de los hombres entre sí y con la naturaleza. No se trata de un análisis marxista ortodoxo; más bien anda en la líena del *Small is beatiful* de Schumacher aunque, a nuestro juicio, presenta una argumentación más sólida que la del autor inglés. Leff parte de considerar a la tecnología "como un proceso dinámico de organización social para la producción de conocimientos, saberes y habilidades, orientados hacia el aprovecahamiento racional de los recursos de cada país y de cada región; proceso que debe generar los medios de producción adecuados para la transformación de dichos recursos y hacia la elaboración de los bienes de consumo para satisfacer las necesidades fundamentales de los diferentes grupos sociales de la población".

Posteriormente propone un modelo de organización social y ambiental entendido como "una racionalidad productiva alternativa" y fundada en la sustitución del modelo capitalista de producción por una nueva concepción de la productividad social sustentada en tres niveles interdependientes: a) productividad cultural, basado en el saber cultural de las comunidades sobre las condiciones particulares de sus ecosistemas: b) productividad ecológica, "generado por el potencial ecosistémico de producción de biomasa a partir de la eficacia de los procesos fotosintéticos de captación y transformación de la energía solar por las especies vegetales de la región", en otras palabras, lograr la mejor combinación de la energía solar con los recursos vegetales de cada región, y c) productivdad tecnológica, "fundado en la eficacia de un conjunto de procesos mécanicos, químicos, bioquímcos y termodinámicos de transformación de un sistema de recursos naturales, para generar los biens de consumo (...) la interdependencia de este nivel de productividad con los niveles económico y cultural, norma y orienta un proceso prospectivo de innovaciones tecnológicas." La propuesta de Leff tiene el gran inconveniente de implicar una transformación radical de nuestra sociedad hacia una utopía tecnológicamente aprpiada en la que la contaminación, el hambre, la corrupción, la violencia, etc. sean sólo tema para los historiadores; y las condiciones actuales de nuestro país no son precisamente para reafirmar nuestro optimismo.

La existencia de tres ensayos en una obra como ésta indica que, a pesar de todo, e independientemente de lo que cada ensayo afirme, los asuntos de la ciencia y la tecnología han dejado de ser patrimonio exclusivo de la llamada *comunidad científica*, para convertirse en tema de coloquios, ensayos, artículos periodísticos y amenas charlas de café de ls minorías ilustradas en Méxic. Todavía falta mucho camino por recorrer para que el ciudadano medio —futbolero y guadalupano— se interese, así sea mínimamente, en estos aspectos; no porque se piense que todos podemos ser científicos, sino porque la ciencia y la tecnología, al igual que otros aspects, pueden y deben discutirse por todos los sectores sociales.

LA TELEVISION, EL ESTADO Y LA PARTICIPACION SOCIAL

Raúl Fuentes Navarro*

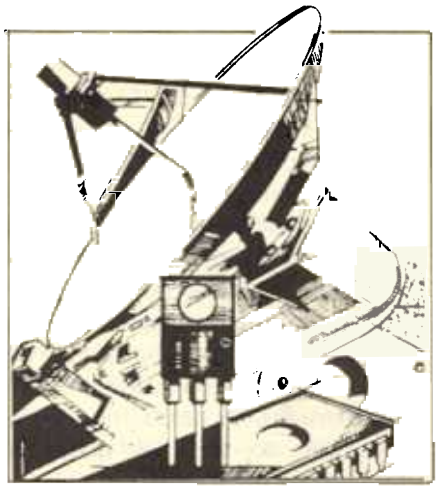
En el ya lejano y añorado 1970, un crítico californiano de cine, Gene Youngblood, sugirió que nos encontrábamos en la Era Paleocibernética, "en transición de la era industrial a la era cibernética... combinando el potncial primitivo asociado al Paleolítico y las integridades trascendentales del 'utopismo práctico' asociado a la cibernética."[1]

Youngblood retomaba conceptos de Teilhard de Chardin y, sobre la *litósfera* o dimensión de lo inanimado y la *biósfera*, dimensión de la vida, enfatizaba la *nósfera* o dimensión cultural, de donde extraía la idea de que nuestro entorno o ambiente natural estaba constituído por el conjunto de mensajes y redes de información de los medios masivos, si bien consideraba anacrónico su contenido:

En este momento de la Era Paleocibernética, los mensajes de la sociedad, tal como se expresan en las redes intermediáticas, han llegado a ser totalmente irrelevantes para las necesidades actuales del organismo. La situación equivale a aquella en que el sistema nervioso del individuo transmitiera información errónea sobre la condición metabólica y homeostática del propio cuerpo."[2]

Además, seguía Youngblood, la tecnología ha hecho posible el surgimiento de la *Videósfera*, dimensión vital de la sociedad global, regida por la simbiosis de la televisión y la computadora. Esta demensión ha ido desarrollando un ambiente totalizadr en donde el papel del hombre en el control de la naturaleza es radical, y por

* Director de la Escuela de Ciencias de la Comunicación del ITESO.



ende exige redefiniciones de la esencia del individuo y de la sociedad, así como una nueva conciencia sobre la comunicación, la expresión y la información.

La propuesta de Youngblood, alucinantemente metafísica, muy a tono con el ambiente cultural imperante entre los sesentas y los setentas en California, suena ahora muy limitada: un cine "sinestéstico" que reflejara una nueva percepción del mundo circundante y de la conciencia sobre él, radicalmente distinta de la tradición dramática y comercial, manipuladora. Por una parte, John Mchale, Alvin Toffler y demás apóstoles del Sector Cuaternario o de la Información, anunciado por Daniel Bell y su Sociedad Post—Industrial y por Zbigniew Brzezinsky y su Era Tecnotrónica, y por otra el desbordado crecimiento de la industria electónica transnacional, han superado con creces las desaforadas profecías de hace quince años. Y la conciencia no parece haber cambiado mucho los usos y abusos de esa industria postindustrial.

Situándonos en la persepectiva de un país no sólo dependiente sino en crisis, contrastemos el sueño zen—tecnocrático del paleocibernético Youngblood con un discurso y una práctica más cercnas. En abril de 1971, Fausto Zapata, subsecretario de información en el apenas iniciado régimen de Luis Echeverría, planteaba así en un congreso las "funciones y responsabilidades de los gobiernos en las comunicaciones modernas":

"Los medios son también agitadores. El cine, la televisión, la letra impresa, producen la agitación social y producen la convulsión social. De ahí la importancia esencial de manjarlos. (...) Lo cierto es que el Estado, expresión institucional de la voluntad pública, enfrenta una grave responsabilidad: orientar éticamente la influencia de los medios, sin lesionar la libertad."[3]

Nótese, ya desde ahora, a quince años de distancia, la congruencia en el discurso gubernamental mexicano sobre su política ante los medios masivos. Vale la pena transcribir unas líneas más de la ponencia de Zapata:

"Un Estado democrático puede y debe intervenir como factor de equilibrio en el manejo de los medios, a través de normas legislativas, porque son los parlamentos —en cuanto representates directos del pueblo y expresión inmediata de su autoridad— las entidades de donde debe surgir ese derecho de intervención del Estado. Es pertinenete aclarar que la forma y el sentido de esta intervención no sólo debe buscar la vigencia de los valores éticos, sino también universalizar la cultura y los conocimientos, mediante el uso apropiado de los medios de comunicación. Debe, así lo creemos, alentar el espíritu crítico de la opinión pública, informar y formar, dar elementos de juicio y anlisis, ampliar en el hombre la conciencia de su propia dignidad e insertar en la sociedad ese sentido, que gradualmente parecemos perder, de solidaridad humana.

Es verdad que la enunciación de estas normas es infinitamente más sencilla que su aplicación. Es verdad que todo esto no rebasa el mero valor de una declaración. Los efectos de la revolución en los medios de comunicación son extraordinariamente complejos y es imposible encauzarlos positivamente mediante el ejecicio de fórmulas convencionales. Estamos situados una vez más en la historia, ante los frutos de nuestra propia inteligencia, de nuestra propia capacidad de innovar."[4]

Los comentarios casi salen sobrando. La propuesta de Zapata, como la de Youngblood, también muy a tono con la época en que se producía, se revela ahora igualmente limitada. Es evidente que la práctica, a pesar de los muchos esfuerzos desarrollados en nuestro país desde entonces, ha multiplicado la impotencia de la sociedad civil para modificar la estrucutra de la "Videósfera" mexicana, y que la intervención del Estado no ha superado aún "el ejercicio de fórmulas convencionales".

Dado que no se trata aquí de discutir los problemas y las ideologías asociadas a la tecnología de las comunicaciones, ni de revisar la triste historia de las políticas nacionales de comunicación en los últimos tres sexenios, se puede remitir a la extensa literatura que existe sobre ambos temas, plantear una simple pregunta y especular un poco sobre sus posibilidades respuestas: ¿Qué podrá hacer México con sus sistemas de televisión en los próxicmos años?

La televisión, independientemente de la optica de estudio, ha sido analizada denunciada, justificada y explicada tradicionalmente como una instancia que ejerce podersas influencias sobre la sociedad y sus miembros. Sin embargo, como lo sugirió alguna vez Umberto Eco, podría invertirse la relación y buscar las posibles influencias con que la sociedad mexicana determine el futuro próximo a la televisión, para entenderla no sólo como indstria cultural o aparato ideológico, sino también, y prmordialmente, como medio de comuncación. Escribía Eco:

"El problema de una futura investigación sobre la comprensión de los mensajes televisados será el de una comunidad que no se presente ya como el objeto de un test, sino como un sujeto que discute y sitúa bajo la luz sus propias reglas de competencia y de interpretación, descubriendo al mismo tiempo las de los demás."[5]

Adoptar la perspectiva de los sujetos sociales frente a un sistema que debiera servirles y no servirse de ellos, implica una postura ideológica,

pero también exige una herramienta teórica adecuada. Ente otros desarrollos recientes, los modelos de la mediación planteados por Manuel Martín Serrano pueden ser muy útiles para ubicar las implicaciones de nuestra pregunta y trabajar sus respuestas.

En *La Producción de Comunicación Social* hay dos criterios de interpretación fundamentales: el sistema social afecta al sistema de comunicación al nivl de la organización y el funcionamiento de éste último, "estableciendo la manera en la que toda comunicación social se enfrenta con todo posible objeto de referencia"; y el estado de las conciencias de los miembros de la sociedad afecta también al sistema de comunicación "porque la conciencia de cada emisor y de cada receptor asigna todo posible empleo a la información que prcesa".[6] Esto implica, en síntesis, que:

"La comunicación social es una actividad institucionalizada de mediación entre el sistema de referencia y el sistema cognitivo; por esta razón se ve envuelta en la dialética que opone sujeto a objeto, continuidad a cambio, conocimiento a acción. La naturaleza dialéctica de la práctica comunicativa de masas establece a la vez sus límites y su autonomía: primero, porque es cierto que el cambio del entorno condiciona la transformación de los sistemas comunicativos, pero en función de la necesdad de preservar las representaciones del mundo *compartidas* por la sociedad; segundo, porque es cierto que la modificación de las representaciones colectivas también condiciona la transformación de los sistemas de comuncacón, pero en función de la necesidad de ofrecer datos de referencia sobre el acontecer que sean *pertinentes* para manejar el entorno."[7]

De acuerdo con el planteamiento surgido, la segunda perspectiva de las mencionadas por Martín Serrano es la más relevante. De ahí que la identificación de los "datos de referencia sobre el acontecer que sean *pertinentes* para manejar el entorno" sea la primera exigencia en búsqueda de respuestas a nuestra pregunta. Y precisamente todo esto viene al caso a propósito del surgimiento, en los últimos años, de sistemas "regionales" o "estatales" de televisión en México.

A pesar de que, al no contar Jalisco con uno de estos sistemas, la información al respecto es poco accesible para nosotros, en casi todos los estados del país se han venido estableciendo recientemente prácticas televisivas del sector público, dependientes de los gobiernos de las entidades federativas. Así, actualmente existen televisoras "regionales" en el Distrito Federal (Canal 22) y en 23 estados del país, constituyendo las excepciones Baja California, Coahuila, Durango, Jalisco, Morelos, Nayarit, Tamaulipas y Zacatecas.

La realización del *Primer Encuentro Nacional de Televisión Regional* en la ciudad de Morelia del 4 al 6 de diciembre de 1985, permitió, entre otras cosas, evidenciar las posibilidades y obstáculos que estos nuevos sistemas presentan para la "cimentación de una auténtica comunicación nacional, constituida por gran variedad de fuentes de mensajes y diversos flujos informativos que sean fiel expresión de la sociedad mexicana", según planteó la convocatoria.

Tomando en cuenta que la organización del evento corrió a cargo de la Secretaría de Gobernación, a través de la Dirección General de Radio, Televisión y Cinematografía (RTC), el Insituto Mexicano de la Televisión (IMEVISION) y el Sistema Michoacano de Radio y Televisión, resalta en el mismo documento el punto de partida conceptual:

"La condición estatal de las televisoras regionales las compromete con la construcción de la democracia, la atención de las necesidades sociales y la realizacin del proyecto histórico del Estado nacional. Sin embargo, el papel que han de jugar estos medios queda aún por definirse a la luz de la experiencia y de las *modalidades que les imponen los conglomerados sociales*, y las condiciones en que se desarrollan las jóvenes televisoras.

El ánimo del Gobierno Federal para renovar la vida regional, así como la disponibilidad de las nuevas tecnologías de información, favorecen en forma inusitada la multiplicación de los sistemas de comunicación regionales. Sin embargo,obstáculos como la grave crisis financiera, la drámatica dependencia tecnológica en el campo de las telecomunicaciones y la electrónica, las limitaciones en la formación de recursos humanos, etcétera, hacen imperativo que los comunicadores regionales sumen esfuerzos."[8]

El discurso de la participación social en relación con la democracia y los medios de comunicación es un elemento que ha venido retomando el Estado mexicano de los investigadores críticos, sin que las políticas gubernamentales hayan variado. Tal como la planteaba Zapata en 1971, así lo mencionan los funcionarios actuales: "La única política es la libertad" (con respeco a los medios privados), y "las políticas nacionales están claramente establecidas en las funciones que la Ley Federal de Radio y Televisión impone a los medios"[9]

Sin embargo, la situación de las prácticas es notablemente diferente ahora que hace quince años.

Por una parte, la televisión privada ha extendido enormemente su modelo, gracias al apoyo, o la pasividad tolerante, del Estado ante la concentración y la expansión industrial (integración horizontal y vertical) de Televisa, que se ha convertido al mismo tiempo en una verdadera empresa transnacional y en una parte importante del sistema político mexicano. Por otro lado, el Estado ha ampliado su participación en la operación televisiva, construyendo las redes nacionales ahora bajo el logotipo de IMEVISION, y los sistemas regionales de televisión "pública" en los estados.

El modelo de programación, la forma de "hacer televisión", se ha desarrollado en México, desde el establecimiento del primer canal en 1950,

sobre la base de la explotación comercial del medio según el esquema norteamericano. El financiamiento por la vía publicitaria, que ha contribuído a conformar a la televisión como uno de los instrumentos de la *modernización* del país, ha producido también, necesariamente, su *mercado*; es decir, ha condicionado los hábitos de percepción del siempre creciente público de la televisión de acuerdo a los productos que Televisa ofrece.

Manuel Martín Serrano sostiene que, a través de los productos comunicativos, los medios masivos realizan una doble mediación: en el plano cognoscitivo, entre el acontecer social cambiante y la reproducción de las normas sociales, y en el plano estructural, entre la imprevisibilidad del acontecer y la rutina de la producción en los medios. Así, el producto comunicativo se constituye, cognoscitivamente en *mitos*, modelos de representación del mundo, y estructuralmente en *ritos*, modelos de producción de comunicación.[10] Esta doble constricción, impuesta a lo largo del tiempo, implica que no basta con modificar el régimen de propiedad de los medios, la legislación respectiva o los objetivos de la programación, para transformar la relación entre la televisión y su público, su operación socio—cultural.

El problema principal de las televisoras regionales, idéntico al que sufren radiodifusoras y las radiodifusoras *culturales* mexicanas, es el de la conquista de audiencias: en la medida en que los productos comunicativos ofrecidos no correspondan a las *formas* rituales y a los *contenidos* míticos acostumbrados, los televidentes se alejan de las emisiones en las que no encuentran la seguirada de lo familiar y la credibilidad construida durante muchos años por los comerciantes de la comunicación. La contradicción entre los "gustos populares" condicionados por los intereses mercanitles y la búsqueda de los "datos de referencia del acontecer pertinentes para manejar el entorno" que podría constituir la alternativa democratizadora, se resuelve por la interpretación de éstos últimos *dentro de los marcos* (cogniscitivos, operativos. ideológicos) de los primeros.

Esta dinámica cultural, aunada a la volubilidad de los proyectos gubernamentales en el área de la comunicación y a la incapacidad de plantearlos en términos que trasciendan el oficialismo sexenal y los intereses de fracciones del grupo gobernante, es el contexto en que la televisión estatal ha operado hasta ahora, condicionando su desarrollo a la marginación de la participación social en los sistemas.

De esta manera, las televisora estatales tienen por delante, además de la superación de problemas financieros, técnicos, políticos, administrativos y tecnológicos, el reto de establecer las alternativas comunicacionales que, mediante mecanismos que superen el ejercicio de "fórmulas convencionales" encuentre el espacio de cobertura de las necesidades del público no copado por la televisión comercial, y puedan avanzar en la "constitución de sujetos sociales" que Raúl Olmedo, uno de los ponentes del Encuentro mencionado, señaló como objetivo de las emisoras estatales.

El discurso oficial del régimen actual ha reiterado la necesidad de "cambios estructurales" en todos los aspectos de la vida nacional, y se pretende apoyar la "democratización integral" a través de la televisión. Las evidencias hasta ahora señalan que al menos en éste último sentido, las posibilidades de una contribución eficiente son muy escasas y que la televisión mexicana seguirá siendo pautada, controlada, y aprovechada económica, política y culturalmente en beneficio de intereses particulares no especialmente nacionalistas. Cabe, sin embargo, esperar que, al menos en ámbitos locales pudieran desarrollarse, en la práctica, experiencias de participación social que ofrezcan nuevas perspectivas reales a la comunicación y su vinculación con la vida cotidiana de los diversos sectores sociales.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS:

(1) YOUNGBLOOD, GENE; *Expanded Cinema*. E.P. Dutton, New York, 1970. p.41.

(2) Ibid. p. 41.

(3) ZAPATA Loredo, Fausto: *Simposio sobre la Revolución en los Medios de Comunicación Media 3 Américas: Focus México*. Transcript. University of Texas at Austin, Abril 17—18, 1971. p.66.

(4) Ibid. p.67.

(5) ECO, Umberto: " ¿El Público Perjudica a la Televisión?" en: MORGAS, Miguel de (Ed): *Sociología de la Comunicación de Masas*. Gustavo Gili, Barcelona. 1979, p.235.

(6) MARTIN Serrano, Manuel: *La Producción de Comunicación Social*. CONEICC, México, 1985. p.50.

(7) Ibid. p.44.

(8) I Encuentro Nacional de Televisión Regional. Morelia, Mich. 4—6 de diciembre de 1985. Convocatoria.

(9) Pablo Marentes, director de IMEVISION, en su participación en el citado Encuentro.

(10) MARTIN Serrano. Op. cit. pp. 69—71

¿UNA MERCADOTECNIA ANTICONSUMISTA?

Gabriela Ibañez *

Se ha considerado al consumismo como la consecuencia del consumo exagerado o irracional de los consumidores, y del afán de productores y vendedores de ofrecer productos que, aunque no considerados como satisfactores básicos o necesarios para *subsistir*, son el foco de atención por ser los que significan mayores ganancias a quienes los comercializan. Esto, inmerso en una sociedad en la que cada vez más predomina el valor tener sobre el valor *ser*, donde la oferta de satisfactores se construye sobre el supuesto de que no se puede *ser nadie* ni ir a ninguna parte sin automóvil y carrera universitaria y donde el prestigio y el poder se ostentan fuertemente en la acumulación de bienes materiales (Zaid, 1979).

*Licenciada en Administración de Empresas por el ITESO; profesora de Tiempo fijo en Mercadotecnia, DCEA, ITESO.